



La inundación.

Del libro inconcluso Palmira y otros cuentos con semilla. Autor, Gustavo Durringer. Mar del Plata, 24 de Abril de 2007.

El viejo Juan vivía pasando la Loma Grande; a pesar del transcurso de tantas temporadas, la gente del lugar solo conocía su nombre. Ni siquiera era viejo, pero ese era el apelativo asociado popularmente a aquél solitario ser. Antes tuvo una historia, como todos los Juanes viejos o jóvenes.

Historia que en ocasiones se asomaba a sus ojos en forma líquida, brillando trémula con las primeras luces que saludaban a su insomnio perenne. Casi siempre, el mínimo ritual lo sorprendía allá en lo alto, sentado en la Piedra del Rayo; mecánicamente se quitaba los gruesos y anticuados anteojos, secaba sus lágrimas con el revés de su mano y se quedaba mirando quién sabe qué.

Fue en una de esas acostumbradas situaciones que Raulito, un pequeño del poblado, lo encontró en la cima de aquella loma que alimentaba las fantasías propias de la edad. Era un lugar mágico ya que tenía una leyenda que involucraba a su padre; todo el mundo decía que la Piedra del Rayo había aparecido allí el día que su padre -a la edad que él tenía entonces y, quizá también por motivos de aventura-, se extravió en medio de una tormenta. Raulito siempre había escuchado hablar del viejo Juan aunque creía que solo se trataba de un invento de los mayores para que los niños no se aventuraran por allí pero sin embargo, frente a él y a unos veinte pasos, el viejo estaba colocándose sus anteojos y dispuesto para volver a sus tareas.

Pudo más la curiosidad que la advertencia y adelantándose un poco le dijo:

__ Buenos días señor.

__ Hola hijo -contestó el viejo volviéndose hacia el muchacho. Y por un instante, ninguno supo que decir.

Pasado un largo silencio, el viejo Juan, cual si fuese un natural de la tierra, dilató las fosas nasales y bebió la brisa de la mañana.

__ Se viene mal tiempo -dijo finalmente. A lo que el pequeño respondió:

__ Yo veo que hay un lindo sol y que el cielo está limpio...

__ No siempre todo es lo que aparenta hijo, con el transcurso del tiempo vas a aprenderlo. -Juan dijo esto y acarició la cabeza del niño aunque no podía deshacerse de una idea, de un presentimiento ominoso que le ocupaba gran parte del tiempo. Y luego agregó: Bueno. Vaya para su casa para no preocupar a sus padres. El niño, que ni siquiera había tenido eso en cuenta dijo:

__ Está bien señor. Ya salgo para allí... mi nombre es Raulito.

__ Bueno, mucho gusto amigo, yo soy Juan, ahora vaya, vaya y no pase muy cerca del río...

Y así, Raulito volvió a su hogar pero con la intención de regresar al día siguiente. De hecho lo hizo y nuevamente encontró al viejo, esta vez, yendo hacia la Piedra. Había roto sin querer aquel ritual melancólico que el solitario viejo practicaba a menudo y este,

internamente lo agradeció, ya que había leído en el corazón del niño y lo que sintió, lo reconciliaba con la vida. Así que hablaron mucho y Juan le mostró su casa; ante la curiosidad manifestada por Raulito, Juan le enseñó también su amada biblioteca. Raulito pensó en la biblioteca de su escuela y le preguntó:

___ ¿es usted un maestro? -Juan, riéndose bastante, le dijo:

___ ¿Te asombra? Te dije antes que no todo es lo que aparenta. Hay que aprender a ver más allá de la apariencia.

___ ¿y eso es difícil? -dijo Raulito, a lo que el viejo contestó:

___ Amigo... eso es muy difícil. Tanto que muchas personas, a pesar de ser buenas gentes pasan por la vida sin aprenderlo jamás. Ahora vaya para su casa, ya es casi la hora del almuerzo.

La casa del viejo Juan, detrás de la Loma Grande, se asentaba sobre ambas márgenes del río; la había construido con sus propias manos en un tiempo en que era más feliz pues tenía con quién compartirla; ahora le sentaba enorme. El río que pasaba por debajo de la vivienda, discurría por un profundo y estrecho corredor de granito para volver a ensancharse al pasar la Loma Grande y antes de llegar al poblado, se transformaba en una amplia curva que luego seguía su curso hacia el Oeste. Este tipo de construcción le había dado otro motivo a la gente del poblado para hablar de las rarezas de ese hombre. Sabían que no cuidaba ningún perro que lo acompañase, pero ignoraban cuanto había apreciado a Tico, un Labrador que lo seguía aún cuando sus patas perdieron la firmeza. A pesar de haber quedado prácticamente ciego y completamente sordo, buscaba la caricia de la curtida mano, la cual sentía como un bálsamo.

Su último amigo se fue un frío día de invierno, con la cabeza en el regazo de su dueño y protector. Y Juan pensó que con la partida de aquel emblema del cariño que añoraba y, que hoy sentía tan distante en el tiempo, ya había obtenido un doctorado en dolor.

Las gentes del poblado son excelentes personas, solía decirse. Pero no se permiten ver más allá de la apariencia. Y luego de contestarse volvía a sus tareas.

La madre de Raulito comenzó a preocuparse por los paseos del niño; se lo veía más reflexivo y ello la impulsó a preguntarle a dónde se dirigía en las mañanas. Raulito, en su inocencia, le habló del nuevo amigo mientras notaba que su madre estrujaba nerviosamente el delantal que llevaba puesto. Su madre le escuchó, esperó en silencio y cuando entendió que ya no había más relato, le apuntó con el dedo y le dijo secamente: Vas a ver cuando llegue tu padre.

La tarde nunca había pasado más rápido para Raulito y la llegada de su padre no se hizo esperar. Antes de que entrase, la mujer salió a recibirlo hecha un manojo de nervios.

___ ¿sabes que hizo hoy tu hijo? -le soltó sin más, a lo que su marido contestó:

___ Ahora no mujer... ¿no ves el temporal que se avecina? Hay que asegurar todo aquello que se pueda volar... y rápido.

En cuestión de minutos, completamente empapados en transpiración, habían fortificado su hogar como para soportar un viento muy fuerte; el cielo se mostraba verdoso en el horizonte y luego fue tornándose negro. Las ráfagas hacían temblar la casa pero todo pareció silenciarse cuando un trueno formidable desató una cerrada lluvia. Por el momento, aunque la situación era incómoda, no había nada que temer pues la construcción soportaría el meteoro como lo había hecho en el pasado. Se hallaban en silencio y hasta la luz de la lámpara parecía irreal. El jefe de la familia tosió y se dispuso a quitarse las embarradas

[Escribir texto]

botas cuando la mujer, contenida hasta ese instante, encontró la ocasión de cumplir su amenaza.

__ Tu hijo -comenzó- tiene nuevos amigos... ¡el viejo loco del que nadie sabe en qué anda! ¡Hace dos días que frecuenta ese lugar y hasta estuvo adentro de la casa! Al oír esto, el padre se puso lívido y en un creciente desborde, insultó a Raulito hasta quedarse sin aliento. Tal era su enojo que nadie en la casa pudo cenar decentemente y el contraste entre el silencio humano y la ensordecedora lluvia se hizo más notorio.

A pesar de que ya habían pasado muchas horas, la lluvia continuaba cayendo al mismo ritmo. Lejos de acostumbrarse, ya estaban aturridos por el temblor del techo de chapa que trepidaba ante la furia del agua. Desayunaron en silencio y Raulito ni siquiera levantó la mirada, temblaba pero no a consecuencia del frío.

A las tres de la tarde sonó el teléfono. Eran de Defensa Civil y estaban alertando de que el río se había desbordado; les decían que se prepararan puesto que esta vez la cosa era de gravedad y, que probablemente tendrían que evacuar su hogar. La mitad de la escuelita ya se había derrumbado y muchos vecinos estaban con el agua hasta las rodillas. Cuando concluyó la jornada, el agua lo había invadido todo; peligraban los animales que dormitaban de pié en los corrales; los objetos de valor oscilaban sobre improvisados pedestales y la situación del hogar de Raulito no era la mejor del poblado.

Y así como había llegado, la lluvia se detuvo, si bien el nivel de las aguas se mantuvo en ascenso hasta la media tarde cuando entonces, comenzó a bajar sensiblemente. Podían notar la húmeda marca en la pared y allí mantuvieron la mirada como seguramente ocurría en cada hogar.

__ La gendarmería debe haber abierto un canal para aliviar el desborde –opinaban muchos– como hicieron el año pasado en Cañada, el pueblo vecino. A pesar de que ya ese mismo día las personas se asomaban al exterior comprobando los daños, hubo que esperar aún tres días más para que el agua se escurriese de allí; un barro de partículas muy finas tapizaba las cosas hasta donde llegaba la vista. Fue entonces cuando vieron llegar a la gendarmería. La imagen que presentaba el pueblo era desoladora pero el sentimiento de gratitud hacia aquella gente que literalmente los había salvado se manifestó en un aplauso general. Los efectivos se miraban un tanto extrañados y luego de una breve charla, la gente del poblado se enteró por boca del capitán que ellos recién habían podido llegar hasta allí y que obviamente, iban a ayudar en todo aquello que fuese necesario.

Aunque ese mismo día surgió la verdad sobre lo acontecido. El capitán preguntó a los vecinos si existían pobladores que viviesen retirados del lugar, a lo que la madre de Raulito dijo que pasando la Loma Grande, río arriba, vivía un viejo maniático que le ponía la piel de gallina. Y hacia allí se encaminaron los soldados con prisa y siguiendo la margen izquierda del río; al franquear la última línea de sauces se dieron cuenta de por qué el río no siguió creciendo. A un lado se había formado una enorme laguna, producto de un dique que a todas luces parecía hijo de un lamentable accidente; gran parte de la casa del viejo Juan estaba derrumbada obstruyendo el curso natural del río. Los lugareños que acompañaban a la comisión no aventuraron una palabra aunque internamente pensaron lo peor.

La sorpresa vino luego. Al inspeccionar esa ruina, un detalle narraba lo ocurrido.

Un pedazo de sólido muro, el único que seguía en pié, mostraba haber sido ametrallado por una catarata de tierra rojiza y la razón se encontraba a la vista: la gran viga maestra que descansaba antes sobre los paredones cruzando de orilla a orilla, asomaba ahora del río vertical como una antena; sujeta a un extremo, reposaba una gruesa cadena, la cual terminaba asegurada con un grillete al cuadro de una motocicleta alemana, de esas de la

segunda guerra. Profundos huellones mostraban el esfuerzo de la ahora fundida máquina para arrancar la viga de su sitio y también podía apreciarse, una ancha zanja producida por el violento retroceso del vehículo arrastrado casi diez metros por la cadena cuando la casa se derrumbó. Esto marcaba el final de la empresa.

Estaba ahora claro para todos quién los había salvado y a qué costo.

El padre de Raulito, que también había ido, hizo notar que unas huellas de neumáticos se dirigían hacia la Piedra del Rayo y decidieron seguirlas. Al llegar a la cima de la Loma Grande se encontraron con el remolque de la motocicleta; una pesada lona marrón cubría la carga y al desatarla, encontraron cuatro grandes cajas y una bolsa. Encima de la carga, una nota envuelta en plástico, les informaba:

Estos son mis libros. Sé que han tenido una gran pérdida en la escuelita y espero de todo corazón que los presentes les sean de utilidad. El otro paquete es para Raulito, mi amigo, al que voy a llevar conmigo mientras viva. Es una gran persona que ha aprendido a ver más allá de la apariencia.

Los aprecia, Juan.

En medio de un cerrado silencio, el padre de Raulito abrió la bolsa destinada a su hijo y en su interior encontró dos objetos: un viejo balón de goma roja de marca Dinamita y un juego de la oca. Bajo el tablero, se veía todavía fresca la letra de Juan exclamando: queda en buenas manos.

El juego de la oca no era comprado sino que lo había fabricado el mismo Juan y la pelota, fue lo único que le devolvió el río cuando murió su hijo.

Y ya nunca supieron más de aquel hombre que dedicó su vida a enseñar.